

La pastoral de engendramiento: ¿Qué quiere decir?

Philippe BACQI

Desde hace algunos años, se habla cada vez más de la “pastoral de engendramiento”, sobre todo en Francia¹. Numerosos actores se inspiran en las parroquias, en las pastorales especializadas, en los movimientos; parece que tiene futuro. Pero conviene, de primeras, eliminar un malentendido: no es el modelo pastoral “último grito” que permitiría engendrar más eficazmente cristianos en un universo cultural que se seculariza cada vez más; éste no es ni su objetivo, ni su originalidad. No se presenta como un paradigma pastoral nuevo que vendría a inscribirse en la estela de modelos más antiguos, tales como la pastoral tradicional, la de la acogida, de la propuesta o de la iniciación...². Se trata más bien de un estado de espíritu que puede animar todos los modelos pastorales existentes hoy. Al mismo tiempo, no cesa de crear novedad, de ahí la dificultad de definirla “de una vez por todas”... El plan del artículo es mostrar la fuente y abrir perspectivas; su objetivo, permitir a Dios engendrar personas en su propia vida, gracias a la manera de estar en relación y de obrar, inspiradas por el Evangelio. Comentaremos estos aspectos que están en el corazón de toda acción eclesial.

¹ Philippe BACQI nació en Bruselas en 1938 y fue ordenado sacerdote en la Compañía de Jesús en 1970. Licenciado en Filosofía y en filología clásica, estudió teología en Louvain, en Roma y en París, donde obtuvo el doctorado en teología en el Instituto Católico. Ha sido director del Centro “Lumen Vitae” de 1986 a 1993; actualmente es profesor. Dirección: Lumen Vitae, 184-186, rue Washington, B-1050-Bruxelles.

² Cf. Ph. BACQI y Chr. THÉOBALD (Dir.), *Une nouvelle chance pour l'Évangile. Vers une pastorale d'engendrement*, Bruxelles/Montréal/Paris, Lumen Vitae/Novalis/Éd. De l'Atelier, 2004 y ID., *Passeurs d'évangile, autour d'une pastorale d'engendrement*, Bruxelles/Montréal/Paris, Lumen Vitae/Novalis/Éd. De l'Atelier, 2008. Ver, también, Ph. BACQI y O. RIBADEAU DUMAS, *Un goût d'Évangile*, Marc, un récit en pastorale, Bruxelles, Lumen Vitae, 2^a éd., 2006.

³ Cf. Ph. BACQI, “Vers une pastorale d'engendrement”, en Ph. BACQI y Chr. THÉOBALD (Dir.), *Une nouvelle chance pour l'Évangile. Vers une pastorale d'engendrement*, Bruxelles/Montréal/Paris, Lumen Vitae/Novalis/Éd. de l'Atelier, 2004, pp. 7-16.

PERMITIR A DIOS ENGENDRAR PERSONAS EN SU VIDA...

Lo esencial del Evangelio está aquí: todo ser humano está llamado a compartir la vida de Dios en un diálogo de amistad con él. El Concilio lo había expresado con gozo desde el comienzo de la constitución “Dei Verbum”:

Dios, en su sabiduría, dispuso revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen partícipes de la naturaleza divina. En esta revelación, el Dios invisible se dirige a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos para invitarlos y aceptarlos a compartir su propia vida. (DV 2).

Dios solo puede engendrar a los humanos a su propia vida; es su quehacer mismo, no es iniciativa nuestra. Podemos poner en juego las condiciones que le permitan trabar una relación de amistad con todos, pero el resto depende de él. Esta convicción de fe suscita la actitud de fondo de la pastoral de engendramiento: ponerse a la escucha, de manera que el Padre obre “por Cristo” en nuestra sociedad que se seculariza. ¿Pero cómo discernir la acción de Cristo hoy? Dejando que los evangelios vuelvan a nosotros; ellos nos dicen cómo Jesús mismo ha llegado a ser el Hijo del Padre, cómo ha formado a sus discípulos y apóstoles para serlo ellos también y cómo ha hablado de todas y todos los que no conocen a Dios o no creen en él.

Cristo, el Hijo de Dios de manera totalmente única

El pasaje fuente es la experiencia espiritual que Jesús tuvo inmediatamente después de ser bautizado por Juan. Los tres sinópticos cuentan este episodio, pero seguiremos el relato de Lucas que es más explícito. Jesús oraba, nos dice, cuando el cielo se abrió, el Espíritu Santo descendió sobre él y una voz vino del cielo: Tú eres mi hijo, yo, hoy te he engendrado⁴. Es una cita del

⁴ Lc 3,21-22. Los tres sinópticos citan la primera parte del texto: “Tú eres mi hijo”. Lucas sólo cita la segunda: “Yo, hoy, te he engendrado”. Marcos y Mateo la reemplazan por una cita de Is 42, 1: “En quien me he complacido”. Lucas es, pues, más fiel a la palabra del Salmo. Puede citarlo sin ninguna ambigüedad, pues su lector sabe ya que Jesús es Hijo de Dios desde su concepción (cf. Lc 1,32.35). No puede pensar que llega a serlo solamente en el momento del bautismo. En cuanto al cuarto evangelio, no hace ninguna alusión al bautismo de Jesús. Juan testimonia solamente que el Espíritu reposa sobre él (Jn 1,29-34)

salmos 2 que el pueblo de Israel había cantado durante todo el tiempo del reino, cuando tenía lugar la entronización de un nuevo rey. Aplicándolo a Jesús, Lucas indica que él es rey e Hijo de Dios en continuidad con los antiguos soberanos de su pueblo. Pero lo es de una manera única: desde su concepción⁵, y el Padre en persona viene a confirmarlo desde el comienzo de su ministerio; testificará una vez más en la montaña de la transfiguración, en presencia de los tres discípulos de Jesús⁶. Esto no ha pasado con ningún otro rey de Israel. Lucas pone así de relieve la originalidad de Jesús; es realmente “el Hijo de Dios” de una manera inédita e incomparable, que queda sin equivalente en la historia de la humanidad.

Es “el Hijo” desde su concepción; todavía está llamado a serlo a lo largo de su vida por su adhesión a la Palabra que ha recibido del Padre después de su bautismo. Como lo habían hecho ya Marcos y Mateo antes que él, Lucas despliega, al hilo de su narración, la manera cada vez más profunda como Jesús acoge su identidad de Hijo. Llega a serlo en los múltiples acontecimientos de su existencia diaria. Bajo la acción del Espíritu recibido en su bautismo, no cesa de referirse al que llama “Padre”. Lucas lo deja entender en uno de los raros pasajes de su narración donde evoca la oración de Jesús:

En aquel momento Jesús se estremeció de gozo, movido por el Espíritu Santo, y dijo: “Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, por haber ocultado estas cosas a los sabios y a los prudentes y haberlas revelado a los pequeños. Sí, Padre, porque así lo has querido.

Todo me ha sido dado por mi Padre, y nadie sabe quién es el Hijo, sino el Padre, como nadie sabe quién es el Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”.⁷

Hijo del Padre, Jesús lo será hasta su agonía y muerte en cruz. Frente a la

⁵ En la narración de Lucas, Jesús es hijo de Dios desde su concepción (1,35). Tiene ya conciencia desde la edad de doce años (2,49). En el pensamiento del narrador, el momento de la oración después de su bautismo es del orden de la confirmación de su identidad y no el momento donde él la recibe.

⁶ Lc 9,28-36.

⁷ Lc 10,21-22.

violencia que se desencadena entonces sobre él, permanece en una actitud filial que va hasta el término de sí misma: “Padre, no se haga mi voluntad sino la tuya... Padre, pongo mi espíritu en tus manos...”⁸

En este último momento de su existencia, expresa de nuevo su adhesión total a la palabra de su bautismo: acepta vivir según la voluntad del Padre en la no-violencia y el perdón, incluso cara a cara de los que le condenan injustamente a morir en la cruz. Llega a ser plenamente su Hijo.

Esta connivencia entre el Padre y el Hijo pasa por la muerte misma. De manera muy significativa, Lucas retoma la cita del salmo 2 en los Hechos de los apóstoles para evocar el despertar de Jesús entre los muertos. Lo pone en labios de Pablo cuando este último se dirige a los judíos en la sinagoga de Antioquía de Pisidia:

Y nosotros os anunciamos esta Buena Noticia: la promesa que Dios hizo a nuestros padres, fue cumplida por él en favor nuestro, sus hijos, resucitando a Jesús, como está escrito en el Salmo segundo: Tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy⁹.

El evangelista relee aquí la historia entera como un largo y lento crecimiento, un engendramiento paciente a la vida misma de Dios. Para él, la palabra que el salmista dirigía al rey de Israel se había dado ya bajo forma de promesa a los ancestros del pueblo elegido: es una palabra inaugural que lleva consigo la historia de la humanidad desde su origen¹⁰: creando a los humanos, Dios les promete hacerlos partícipes de su propia vida más allá de la muerte.

⁸ En estos dos momentos de la narración, Lucas pone en los labios de Jesús una oración que dirige al Padre: “Padre, si quieres alejar de mí esta copa... sin embargo, que no sea mi voluntad, sino la tuya, que se realice” (Lc 22,42) y “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”, que es una cita del Salmo 31,6 (Lc 23,46).

⁹ Hechos 13,32-33.

¹⁰ En este pasaje de los Hechos, se menciona “la promesa hecha a los padres”, Lucas remonta solamente hasta el origen del pueblo elegido. Es comprensible, ya que Pablo se dirige a los judíos de la sinagoga de Antioquía de Pisidia. Pero en el espíritu del narrador, la promesa resonaba ya en los comienzos de la historia de la humanidad, lo que significa que hace remontar la genealogía de Jesús hasta Adán (Lc 3,23-38), al contrario de Mateo que vuelve sólo hasta Abraham (Mt 1,1-17).

Según el evangelista, esta promesa se realiza ya plenamente en la persona de Cristo. Se ha puesto en las manos del Padre durante toda su vida y más particularmente al momento de morir; en respuesta a su abandono en la fe, el Padre lo despierta de entre los muertos y lo engendra definitivamente a la vida cerca de él. La Palabra “Yo, hoy, te he engendrado” expresa, pues, una relación de reciprocidad entre el Padre y el Hijo. El Padre toma la iniciativa; se da a Cristo y le confirma en su identidad de Hijo; y éste recibe al Padre y se da a él en reciprocidad. “Permite” a Dios llegar a ser su Padre por la confianza que le da día tras día hasta la prueba de la muerte. Se trata de un “engendramiento mutuo” aunque esta palabra insiste primeramente en la iniciativa del Padre, que está en el origen de la relación con su Hijo.

Por consiguiente, Lucas lo declara aquí con fuerza, esta alianza de vida entre el Padre y el Hijo concierne también muy de cerca de los discípulos de Cristo; son, en efecto, ellos también los hijos de los patriarcas y, con este título, han recibido la misma promesa.

La comunidad de los discípulos

Se sabe que en las narraciones evangélicas, Jesús llama a ciertas personas para que le acompañen y acoge a otras, hombres y mujeres, que le siguen espontáneamente¹¹. Les reúne en una comunidad permanente que los textos llaman “los discípulos”. Están presentes desde el comienzo de los cuatro evangelios hasta el final, contrariamente a otros actores que intervienen una sola vez y luego desaparecen de las narraciones sin dejar rastro; los discípulos están durante toda la narración, desde el comienzo hasta el final, forman el núcleo estable que dará nacimiento a las diferentes comunidades cristianas del primer siglo.

Jesús los forma progresivamente para vivir con el Padre la misma relación filial. Así, por ejemplo, les invita a amar a sus enemigos, a hacerles el bien y a prestar sin vuelta, a fin de que lleguen a ser los hijos del Altísimo que es bueno para los ingratos y los malos. Les invita a no juzgar ni condenar, a ser misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso¹². Les enseña a orar

¹¹ Lc 8,1-3.

¹² Lc 6,27-42.

diciendo Padre y a despojarse de ellos mismos para entrar en su deseo: Que tu nombre sea santificado, que tu reino venga...¹³. En resumen, les hace pasar su propia relación con el Padre con el fin de que puedan engendrar ellos también a su vida, a su medida, según su capacidad.

Los discípulos entran así en un trabajo interior de gran intensidad que ningún otro actor de narraciones vive de la misma manera. Acercarse a Jesús para ser curado y volver enseguida a casa, es una cosa¹⁴; seguirle día a día, unirse a él, intentar comprender lo que forma el meollo y el corazón de su vida, es de otro orden. Para ellos, Jesús llega a ser el polo de referencia privilegiado de su propia existencia. Se unirán a él hasta el punto de plantearle cuestiones sobre el misterio de su persona. ¿Quién eres?¹⁵ En respuesta, Jesús les planteará un día una cuestión: ¿Y para vosotros, quién soy yo...? Y Pedro responde, en nombre de todos: el Cristo de Dios¹⁶. Se instaura entre ellos y él una relación a la vez personal y comunitaria que es, también, del orden del engendramiento mutuo. Si Jesús no hubiera llamado a algunos discípulos a seguirle, si no les hubiera pedido pronunciarse sobre su identidad, la comunidad cristiana no hubiera podido ser engendrada por el Padre. Y si los discípulos no le hubieran seguido y no le hubieran reconocido como el enviado del Padre, no habiéramos llegado a ser jamás cristianos. La relación entre Cristo y sus discípulos forma parte integrante de sus identidades respectivas. Lucas sugiere esta relación mutua cuando cuenta, en los Hechos de los Apóstoles, que en Antioquía, los discípulos fueron llamados cristianos, del mismo nombre que Cristo¹⁷.

En la línea de estos relatos, el cristiano es quien puede decir en verdad: “Si no siguiera a Cristo – como puedo, a mi medida – algo esencial faltaría en mi identidad, yo no sería del todo yo mismo”. Esto supone que ha recibido del

13 Lc 11,1-4.

14 Ver, por ejemplo, el encuentro con el paralítico a quien Jesús dice, después de haberlo salvado: “Te lo digo, toma tu camilla y vuelve a casa” (Lc 5,24) y no “toma tu camilla y sígueme”. Este hombre no llegará a ser discípulo y, sin embargo, ha sido engendrado a la vida de Dios porque sus pecados le han sido perdonados.

15 Lc 8,25.

16 Lc 9,18-20.

17 Hch 11, 26.

Padre la experiencia muy personal de Cristo resucitado, que transforma progresivamente su vida; que encuentra regularmente a otros cristianos que le confirman en esta experiencia¹⁸. Juntas, las comunidades cristianas dispersas por el mundo guardan viva la presencia de Cristo resucitado, orando y celebrando los sacramentos de la Iglesia. Proclaman así públicamente al Dios de la vida en el que creen y mantienen el mundo con la esperanza de una vida más allá de la muerte. Cada creyente puede oír progresivamente resonar para él la palabra inaugural de la historia: Tú eres mi hijo, hoy, yo te he engendrado. Decir esto para uno mismo, no presupone que sea así para los otros...

Los hombres y las mujeres del reino

Hay una multitud de seres humanos que no conocen ni a Cristo ni a Dios. Hay otros que han oído el anuncio del Evangelio en las comunidades cristianas, pero son indiferentes o dubitativos o incluso se confirman en su increencia. En la cultura secularizada, que es la nuestra, aquellos y aquellas que participan en las celebraciones sacramentales de la Iglesia son cada vez menos numerosos. ¿Quiere esto decir que Dios ya nos los engendra a su vida?

Se podría pensar así si se relea esta situación a partir de la reflexión dogmática antigua de la Iglesia. Pues según la tradición, la vida de Dios se comunica sobre todo gracias a los sacramentos de la Iglesia, cuyo número y función fueron definidos en el siglo XIII. Todo hombre llega a ser “hijo de Dios” por el bautismo; aumenta esta relación filial gracias al sacramento de la confirmación; responde a su vocación personal de adulto en el matrimonio o la ordenación y es acogido por Dios al final de su vida, gracias a lo que se llamaba antiguamente “la extremaunción”. A lo largo de las semanas, la Eucaristía alimenta la vida de Dios en aquellos y aquellas que participan en ella; el sacramento de la reconciliación restaura según la necesidad. La vida sacramental así vivida, ha constituido el pilar central de la pastoral ordinaria que ha atravesado los siglos con una sorprendente fecundidad. Era, en efecto, notablemente bien adaptada a la sociedad homogénea en la que había visto la luz, una sociedad en la que la mayoría de la población compartía las mismas referen-

¹⁸ En los relatos, en efecto, nadie es discípulo de manera aislada: se es con los otros. El grupo forma una comunidad de vida bien visible y localizable.

cias cristianas; alimenta todavía con éxito la vida cristiana de aquellos y aquellas que participan en las celebraciones sacramentales de las parroquias. Para ellos, la pastoral tradicional continúa siendo válida: permite a Dios comunicarse con ellos y “hacerlos partícipes de su naturaleza divina”, retomando la expresión del concilio.

¿Y para los otros? Con mucho humor, el cardenal Danneels decía un día: “La Iglesia es como un jardín en el cual brotan algunas patatas desgraciadas. Todo el mundo se preocupa de esas patatas. ¿Y el resto del jardín?” ¿Qué decir de aquéllos y aquéllas que viven lejos de la Iglesia? ¿No los engendra Dios a su vida? Sobre este punto, la pastoral de engendramiento puede prestar un gran servicio, pues ella atrae nuestra atención sobre la manera como pasan las cosas en los evangelios. En estos relatos, ¿cómo se comporta Dios con todos los que no lo conocen?

La enseñanza de Jesús en el monte, en el Evangelio de Mateo, ofrece aquí una aclaración decisiva; es el primer discurso público de Jesús. Está acompañado por los cuatro primeros discípulos que acaban de decidir seguirle y que forman el núcleo de la primera comunidad cristiana. Pero también está rodeado por un gentío numeroso compuesto de judíos y paganos¹⁹. Tomando la palabra hacia sus discípulos, se dirige en realidad a todos sin ninguna distinción de religión²⁰. Sus primeras palabras son una declaración de felicidad: felices los pobres de espíritu..., los pacíficos..., los que lloran..., los misericordiosos... ¿Por qué son felices? Porque el Reino de los cielos está en ellos²¹..., ellos verán a Dios, serán llamados hijos de Dios. Para Mateo, si judíos y paganos se mantienen en la pobreza de espíritu, la dulzura, la justicia, la paz... es

¹⁹ Cf. Mt 4,25-5,1: “... y grandes multitudes le seguían, venidas de Galilea y de la Decápolis, de Jerusalén y de Judea y más allá del Jordán. A la vista del gentío, Jesús subió a la montaña.

²⁰ Comparar Mt 5, 1-12: “... y sus discípulos se acercaron a él y tomando la palabra les enseñaba...” y Mt 7,28: “Por consiguiente, cuando Jesús acabó sus enseñanzas, el gentío quedó admirado por sus enseñanzas...”.

²¹ La expresión está en presente en la primera y octava bienaventuranza que forman unidad y se dirigen a todos (vv 3 y 10). Entre estas dos, las otras seis bienaventuranzas se expresan en futuro. La inclusión invita a no separar las bienaventuranzas unas de las otras: designan diferentes aspectos de una misma calidad de relación hacia los otros y hacia Dios. La novena bienaventuranza es de otra forma: se dirige más particularmente a los discípulos: “Felices vosotros...” (v. 11).

que Dios les ha engendrado a vivir así: están ya en su reino y serán llamados hijos de Dios el último día.

El evangelista confirma esta perspectiva al final de su relato, en el último discurso público de Jesús²². Sitúa a su lector al final de la historia. Todas las naciones, sin distinción de raza, de convicción o de religión, se encuentran juntas delante del Hijo del Hombre. Algunos oyen decir: “Venid los benditos de mi Padre al Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo”. Es el Reino del cual Jesús había hablado en la montaña al comienzo de su ministerio. ¿Por qué son benditos del Padre? Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber... De nuevo, la calidad de las relaciones con los otros. Y estos justos no comprenden. ¿Cuándo ha ocurrido esto, preguntarán? “Cada vez que lo habéis hecho con uno de los más pequeños que son mis hermanos, conmigo lo habéis hecho”. Cristo resucitado estaba presente en el corazón de su vida, en sus más pequeños gestos de solidaridad humana, sin que ellos tuvieran conciencia.

El Evangelio distingue, pues, entre el grupo de discípulos que hacen el bien refiriéndose explícitamente a Cristo y los otros que lo hacen sin conocerlo. Estos también son engendrados a la vida de Dios y entrarán definitivamente en el reino al final de los tiempos. En un lenguaje más dogmático y tradicional se dirá: ellos también serán salvados.

Una afirmación de este género implica toda una manera de percibir a Dios. Es el “Padre” de todos los hombres y considera a todos como sus hijos. Lo más importante para él no es el honor que se le puede dar, sino la actitud de respeto con el hermano. Descentra la mirada de él mismo para volverla a los otros²³. Mateo tiene la misma audacia al afirmar: Así, todo lo que vosotros queréis que los hombres hagan por vosotros, hacedlo vosotros mismos por ellos: es la ley y los profetas²⁴. Lo extraordinario de esta palabra está en lo

²² Mt 25,31-46. Es significativo que toda la narración evangélica se desarrolle entre las bienaventuranzas del comienzo y la evocación del último juicio al final, dos discursos de alcance universal.

²³ Está así ya en ciertos pasajes del Antiguo Testamento. Ver, por ejemplo, la llamada de Moisés en Ex 3,4-10.

²⁴ Esta palabra viene hacia el final del discurso de Jesús en el monte en Mt 7,12.

siguiente: no menciona el primer mandamiento que habla del amor de Dios²⁵; resume todo el Antiguo Testamento en la única ley del amor hacia el otro. Está todo hecho conforme a otras afirmaciones del mismo discurso del monte; la atención al hermano pasa por delante de la ofrenda que se hace a Dios: “Cuando vayas a presentar tu ofrenda al altar, si allí recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda en el altar y ve primeramente a reconciliarte con tu hermano, luego vas a presentar tu ofrenda”²⁶. Este respeto incondicional hacia el otro no se limita al hermano, va a englobar a los enemigos: “Amad a vuestros enemigos, y orad por los que os persigan, a fin de ser hijos de vuestro Padre que está en los cielos porque él hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos”²⁷. Los cristianos no terminan de extrañarse de la imagen de Dios que se les propone en estos pasajes del Evangelio: el Padre comunica gratuitamente su amor a todos, sin ninguna condición previa, sin pedir nada a cambio; cambia las fronteras éticas que separan a los justos de los injustos; se da él mismo como Padre sin ninguna discriminación e invita a entrar en la misma actitud de don sin reservas; adopta como hijos e hijas suyos a todos aquellos que se esfuerzan por amar de esta manera, sean cristianos o no.

Este “soplo” evangélico inspiró a los obispos reunidos en el Concilio Vaticano II. Por primera vez en la tradición conciliar de la Iglesia, se habló a todos aquellos y aquellas que, sin ser cristianos, son “de buena voluntad”, “trabajan por llevar una vida correcta” y hacen el bien a su alrededor viviendo según su conciencia. Es necesario mantener que “el Espíritu Santo les ofrece la posibilidad de estar asociados al misterio pascual”. Por su muerte y resurrección, en efecto, Cristo resucitado les procura la gracia de la salvación; actúa en ellos, pero de manera invisible porque no participan en los sacramentos de la Iglesia; reciben también las primicias del Espíritu que les permite vivir la ley

²⁵ Conoce bien la importancia del doble mandamiento, presente en la tradición anterior (cf. Mc 12,28-34); según esta tradición, el primer mandamiento es el amor a Dios y el segundo el amor al prójimo. Mateo evocará este doble mandamiento en la continuación de su narración (Mt 22,34-40). Pero será en el contexto del diálogo con un legislador de Israel. En contraposición, en la enseñanza del monte que se dirige al gentío, que comprende los paganos, sólo menciona el amor al prójimo.

²⁶ Mt 5,23-24.

²⁷ Mt 5,44.

del amor con el mismo título que los cristianos²⁸. Desde el punto de vista de la fe cristiana, ellos también están engendrados a la vida del Padre, por el Hijo, en el Espíritu, incluso si no conocen a Cristo o no creen en él. Son numerosos quienes, junto a nosotros, son hijos de Dios a su manera; se les podría llamar los hombres y las mujeres del reino: son ya “los benditos del Padre”. Falta en ellos la conciencia; no pueden saberlo y llegar a ser eventualmente discípulos si no descubren el Evangelio y acogen a Cristo en su vida. He aquí por qué Jesús escogió a Doce, entre sus discípulos, a los que llamó “apóstoles”²⁹ y los envió a la misión.

Los Doce, figura de los apóstoles

Marcos los caracteriza por una doble relación: estar con Cristo y ser enviados por él a otros para anunciar la palabra y cazar demonios; es decir, pronunciar palabras y hacer gestos que liberen a los seres humanos de todo lo que entorpece su libertad³⁰. Y de hecho, Jesús enviará los Doce en misión, responsabilidad que no conferirá a todo el grupo de discípulos. Anuncian la palabra, liberan y curan las enfermedades³¹, aprenden a reunir a la gente y a compartir el pan³², reciben la enseñanza más particular sobre la importancia de ser servidores a la manera de Cristo³³. Mateo pone incluso en boca de Jesús un largo

²⁸ Cf. LG 16 y GS 22 & 4 y 5: “Conforme a la imagen de Cristo, primer nacido de una multitud de hermanos, los cristianos reciben las primicias del espíritu (Rom 8,23) que les hace capaces de cumplir la ley nueva del amor (Rom 8,1-11)... Y esto no vale solamente para los que creen en Cristo, sino también par todos los hombres de buena voluntad, en el corazón de los cuales, invisiblemente, trabaja la gracia (cf. LG 16). Ya que Cristo ha muerto por todos (Rom 8,32) y que la vocación última del hombre es verdaderamente única, a saber divina, debemos afirmar que el Espíritu Santo ofrece a todos, de la manera que Dios sabe, la posibilidad de estar asociados al misterio pascual”.

²⁹ Las tres narraciones sinópticas concuerdan sobre la institución del grupo de los doce (Mc 3,13-19 y ss.) y su envío en misión (Mc 6,6-13 y ss.). Juan también presupone que este grupo existe y fue constituido por Jesús (cf. Jn 6,66-71). Según J.P. MEIER, *Un certain juif. Jésus. Les donés de l'histoire*, III. Attachements, affrontements, ruptures, coll. Lectio divina, Paris, Cerf, 2005, pp. 114-131, el grupo de los Doce puede ser considerado como un dato histórico probable.

³⁰ Mc 3,13-19.

³¹ Mc 6,6-13.

³² Mc 6,30-44.

³³ Mc 10,32-45.

discurso que les concierne de modo particular. El Señor les recomienda vigorosamente no transigir con la verdad del Evangelio a pesar de los rechazos, las persecuciones, las amenazas de muerte que puedan pesar sobre ellos. En este contexto, conviene confiar en el Espíritu que les será dado por el Padre: “Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo vais a hablar o qué vais a decir: lo que debáis decir se les dará a conocer en ese momento, porque no seréis vosotros los que habléis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará por vosotros”³⁴. Tienen una manera de ser engendrados por el Padre para ser sus Hijos; lo son dentro de la misión que se les confía y que no es la de todo discípulo.

Estas anotaciones son aclaratorias para caracterizar la llamada particular del apóstol hoy. Vive también de bienaventuranzas, como todo hombre o toda mujer del reino. Es discípulo de Cristo con otros, en una comunidad cristiana que lo celebra regularmente. Pero se siente llamado también a anunciar a Cristo, a hacerle gustar, a sembrar el deseo de vivir el Evangelio, llamada que Dios no dirige de la misma manera a todo cristiano. Todos son llamados a testimoniar personalmente la vida cristiana allá donde ellos están, pero algunos son enviados por Cristo resucitado a anunciar el Evangelio en nombre de la Iglesia. Algunos de entre ellos son sacerdotes, otros laicos; entre estos, varios han recibido de su obispo una carta de misión que confirma y precisa la llamada que Cristo les dirige. “Aportan una cooperación más inmediata al apostolado de la jerarquía” dice el Concilio, “a la manera de los hombres y mujeres que ayudaban al apóstol Pablo en el Evangelio (Rom 16,3)”³⁵. Estos “transmisores del Evangelio” lo entienden bien: no serán ellos mismos si no dieran todo su tiempo, o una parte de él, a irradiar el Evangelio y a suscitar a su alrededor “la libertad por la cual Cristo nos ha liberado”³⁶. Dios los engendra a su vida en el interior mismo de la responsabilidad que ejercen en nombre de sus hermanos cristianos. Llegan a ser hijos e hijas de Dios ejerciendo su ministerio a la manera del Señor. Para ellos, la calidad de su relación con Cristo y con los otros es lo primero³⁷.

³⁴ Mt 10,19-20.

³⁵ LG 33; AA 10 y 24.

³⁶ Cf. PO 6.

³⁷ Cf. Mt 10,32-33.

En los relatos evangélicos, Dios engendra a las personas a su vida de manera diversificada. Ciertamente, todos viven la misma relación filial con él; esto encuentra su fuente en la manera por la cual Cristo ha llegado a ser el Hijo del Padre. Además, no se pueden trazar fronteras claras: todo apóstol es, primeramente, llamado a ser discípulo; todo discípulo es invitado a entrar en el reino y las personas del reino pueden ser más o menos próximas a los discípulos. Se puede, por ejemplo, pensar en todos los que quieren pedir a la Iglesia celebrar su matrimonio o bautizar a sus hijos aunque no participen regularmente en los encuentros de la comunidad cristiana. Hay algo de discípulo que vive en ellos. En fin, muchos cristianos viven tal dimensión de apóstol sin sentirse por ello llamados a vivir como los Doce. Esto nos dice que, tanto los unos como los otros, viven su relación con Dios según armonías diferentes; la manera de Dios es flexible, discreta y delicada, infinitamente respetuosa con las personas. Querer clarificar demasiado netamente la situación de unos y otros por reglas canónicas que “fijen” su identidad respectiva, podría impedir a Dios engendrarlos a su vida... Hay así, para todos aquellos que son llamados a ser apóstoles, una responsabilidad pastoral grave que invita a una calidad de relación renovada.

LA PASTORAL: UN MODO DE SER EN RELACIÓN

Es una manera algo nueva de caracterizar la “pastoral”. Tradicionalmente esta palabra nos hace pensar en las actividades de los obispos y sacerdotes; es el sentido que ha tenido hasta los años 1960, y el sentido que le da la mayoría de los cristianos hoy, a lo que añaden los servicios dados por los actores pastorales que han recibido un mandato del obispo para ejercer “un oficio de Iglesia” como se dice a veces en Francia. En este sentido, se hablará con gusto de una “carta pastoral” escrita por un obispo o por una conferencia episcopal, o de “un proyecto pastoral” elaborado por el equipo de animación pastoral de una parroquia. Se trata, muy a menudo, de determinar los objetivos a conseguir en función de las necesidades, de precisar los medios para llegar, de prever evaluaciones regulares... La pastoral nos remite, entonces, a un conjunto concertado de acciones llevadas a cabo por los cristianos.

El Nuevo Testamento invita a darle un sentido mucho más relacional. Hecho

notable, Jesús es el único llamado “pastor”³⁸; jamás se ha dado este título a cristianos que ejercían una responsabilidad en las comunidades de los primeros siglos. Hay como una reserva, cuyo sentido es claro: evitar que los responsables tomen la plaza de Cristo que es el único “pastor y guardián de las almas”³⁹. ¿Cómo es esto? En el texto de Marcos, particularmente significativo en este punto, viene después del episodio de compartir el pan⁴⁰: los apóstoles han regresado de su misión; el gentío les rodea, tan numerosos que no pueden comer; Jesús los lleva a un lugar apartado, desértico, pero la gente les sigue. Cuando desembarca, dice el texto, se quedó conmovido hasta las entrañas, porque estaban como ovejas sin pastor. Es una referencia al salmo 23: “El Señor es mi pastor, nada me falta, en prados de hierba verde me hace reposar” y a la profecía de Ezequiel “Yo mismo haré pacer mi rebaño, yo mismo lo haré recostar”, dice el Señor (34,15). De hecho, Jesús enseñará a la gente durante toda la jornada y, la noche siguiente, le hará acostarse y reposar sobre la hierba verde, para luego, levantando los ojos al cielo, y uniéndose al Padre, distribuir el pan. Ese día ha permitido al Padre engendrar a este gentío a su vida y él mismo ha llegado a ser el pastor de su pueblo.

Esto ocurre en una dinámica de reciprocidad entre él y la gente. Ésta toma la iniciativa de ir hacia él y él interpreta este deseo a la luz de ciertos pasajes del Antiguo Testamento, que había leído muchas veces, con los que había orado e interiorizado. La imagen del “pastor” evocada por el salmista y el profeta Ezequiel, se despierta en él; se sirve de sus palabras para discernir la llamada que Dios le dirige en ese momento: llegar a ser en su nombre el pastor de su pueblo. Conmovido hasta las entrañas, le da la palabra y el pan. Es importante percibir la dinámica del acontecimiento. En la trama narrativa del texto, Jesús no se presenta de repente como el pastor de Israel, ha llegado de impro-

³⁸ Salvo en Efesios 4,11. Es un caso único y la palabra es plural. En singular, no se le encuentra jamás en este sentido. Al contrario, por tres veces, el verbo “apacentar” (poimanein) designa la misión confiada a los responsables de la Iglesia. Pero los contextos precisan siempre que ese responsable no es propietario de la comunidad que se le confía (Jn 21,16; Hchos 20,28; 1 Pe 5,2).

³⁹ 1 Pe 2,25.

⁴⁰ Mc 6,34. Mateo trae la misma palabra que Ezequiel en un sumario que relata el conjunto de la actividad de Jesús (Mt 9,35-37) y no utilizará la palabra pastor más que en otras dos ocasiones en la parábola de último juicio.

viso de un acontecimiento de la historia que ha releído e interpretado a la luz de la Escritura.

Todavía hoy, los cristianos entran en la misma actitud pastoral gracias a las relaciones que viven en la realidad. Por instinto, las personas vienen hacia ellos porque los sienten prestos a ayudarles; y ellos, a cambio, releen las preguntas que les dirigen a la luz de los Evangelios. Buscan discernir cómo Cristo resucitado intenta reunir a estas personas en ese momento preciso de su vida. La viva conciencia de que él es el único verdadero pastor les mantiene en una actitud de “no-saber” y de creatividad: sienten en el interior que no se trata, en primer lugar, de aplicar principios pastorales hechos, tan justos y necesarios como sean, sino de ponerse al servicio de las personas a la manera de Cristo. Sólo entonces, permiten a Dios entablar con estas personas una relación de amistad y engendrarlas a la vida. Desde el punto de vista del Evangelio, una actividad no es “pastoral” porque venga de un mandato recibido de la autoridad o de un poder unido a una “función”. Es la gracia y la calidad de las relaciones vividas en el interior de los mandatos y las funciones.

Y UNA MANERA DE ACTUAR...

Insistir sobre la calidad de las relaciones es una manera renovada de encarar la evangelización. Sin embargo, el camino de engendramiento no es del orden de una nueva espiritualidad; se inscribe resueltamente en los dominios de la pastoral propiamente dicha. En efecto, no renuncia a elaborar “proyectos pastorales”, pero está ante todo preocupada por establecer relaciones armoniosas y solidarias entre los actores que los realizarán. En este espíritu, vigila que estos proyectos sean discernidos, elaborados y puestos en obra por las personas implicadas. Se toma el tiempo para reunirlos, sensibilizarlos, pedirles sugerencias y propuestas... Construye primero el tejido relacional que dará al programa su huella evangélica. En una palabra, cuida la manera de estar juntos antes de preocuparse por las cosas que se deben hacer.

Pero acoge también las nuevas iniciativas que germinan en la tierra, siguiendo el “sentir” de unos y de otros. Además, suscita aquí y allá pequeñas realizaciones simbólicas que parecen ricas para un futuro todavía incierto; favore-

ce la creatividad del Espíritu, acompañando y coordinando estos “mini-proyectos” que, dejados a ellos mismos, podrían germinar de manera desordenada; trabaja en red, prestando atención particular a lo local; cuida las relaciones de proximidad que permiten vivir juntos, según el camino del Evangelio.

La pastoral de engendramiento puede inscribirse en las estructuras tradicionales de la Iglesia, sin hacerlas cambiar de arriba abajo. No pretende una reforma institucional de las diócesis, de las parroquias, de los movimientos... Intenta suscitar un nuevo soplo evangélico en el interior de las estructuras existentes. Seguramente, con el tiempo, esta nueva huella podrá también renovar las estructuras actuales; a vino nuevo, odres nuevos, dice el Evangelio; pero la renovación de las instituciones no es la meta primera; vendrá a su tiempo, cuando el tiempo de la cosecha llegue... Por lo tanto, un camino de engendramiento no duda en repensar los aspectos estructurales, en función de las nuevas realizaciones que van naciendo. Vigila cómo precisar bien los elementos organizativos de las actividades que promueve, para que éstas puedan ser duraderas; pero tiene cuidado de poner solamente en marcha las estructuras elementales que permitan y sostengan la vida, para no esconder la huella evangélica del proyecto... Hay aquí un punto de atención muy importante, hoy, en una cultura que tiende a minusvalorar los elementos institucionales con riesgo de apagar la vida y la creatividad...

Se puede pensar, a largo plazo, que esta manera de obrar renovará profundamente el rostro de la Iglesia. Pasaremos, probablemente, de una Iglesia a lo Rembrandt, a una Iglesia a lo Monet, de una Iglesia con estructuras fuertes, netas, claramente definidas y bien visibles, a una Iglesia con los contornos flexibles, constituida por pequeñas comunidades dispersas, unidas a una multitud de hombres y de mujeres del reino. Brevemente, una Iglesia algo parecida a las comunidades cristianas de los primeros siglos que, a primera vista, cada una de ellas podía parecer aislada y perdida en el inmenso imperio, pero llevaban entre ellas un lazo de comunión fuerte y vivificante, que permitía la comunicación entre ellas, tal como expresan las primeras cartas apostólicas.

INSPIRADA POR EL EVANGELIO...

En un primer acercamiento, esta referencia a los evangelios parece evidente.

¿No son la fuente privilegiada de la vida eclesial? ¿No poseen “una superioridad merecida” incluso entre los libros del Nuevo Testamento?⁴¹ Pero darles este primer puesto no es tan evidente ya que, tradicionalmente, quienes han inspirado la pastoral son, sobre todo, el dogma y el derecho canónico. Esto ponía en práctica lo que la tradición dogmática había definido más teóricamente: velaba para que se respetaran las reglas disciplinarias que el derecho canónico había fijado, de modo que la acción pastoral fuera reconocida como “válida” y “lícita”. Los evangelios estaban presentes en la pastoral ordinaria, pero se leían y comentaban en las homilías y en los retiros, con vistas a alimentar la “devoción” personal de los cristianos. A lo largo de los siglos, esto dio lugar al nacimiento de diversas espiritualidades, eminentemente fecundas para la vida de la Iglesia y su misión⁴²; pero estas corrientes espirituales tenían poca influencia en la reflexión dogmática propiamente dicha.

Proponer una experiencia personalizadora de Cristo

Para aquellos y aquellas que se inspiren en la dinámica de engendramiento, los textos evangélicos llegan a ser la matriz misma del pensamiento teológico y de la acción pastoral. ¿Por qué razones? Son particularmente significativas en la sociedad postmoderna, que ha dado gran relieve a la autonomía de los sujetos y la experiencia personal. En nuestra cultura, cada uno está invitado a trazar su propio itinerario, con sus riesgos y peligros, entre múltiples elecciones vitales posibles. El ambiente exterior ofrece pocos puntos de referencia para discernir los caminos que humanizan de manera auténtica. Se ofrecen a todos múltiples estilos de vida, variados, abigarrados, como pistas posibles para experimentar.

En este universo cultural, los evangelios prestan un servicio inestimable. Son narraciones que ponen en escena actores que reaccionan de manera diferente a los mismos acontecimientos. Cristo y su manera tan personal de entrar en relación con unos y otros, totalmente verdadero con él mismo, construye la

⁴¹ Cf. Dei Verbum 18: Nadie ignora que entre todas las Escrituras, incluso del Nuevo Testamento, los Evangelios ocupan, con razón, el lugar preeminente, puesto que son el testimonio principal de la vida y doctrina del Verbo Encarnado, nuestro Salvador.

⁴² Las diferentes órdenes e institutos religiosos son un testimonio muy significativo.

verdad a su alrededor comunicando la vida; libera, restaura, traza un camino de humanidad que interroga e interpela... ¿Y si la verdadera vida estuviera de este lado? Luego, están todos aquellos que lo encuentran, los enfermos, los posesos, sus discípulos, sus apóstoles... son todos diferentes, ellos mismos, en su manera de entrar en relación con él. Desde entonces, cada lector puede identificarse con uno u otro, siguiendo su temperamento, sus deseos y la gracia que recibe. La palabra engendra a unos y a otros a la vida de Dios, de una manera personal y única, trabaja las conciencias y los corazones, hace subir la reflexión dogmática, propiamente dicha, al nivel de la vida diaria. Es poderosa, capaz de suscitar una experiencia personal de Cristo resucitado, lo cual constituye el reto mayor de toda pastoral actual.

¡La experiencia personal de Cristo! Conviene no engañarse sobre el sentido de esta expresión. La experiencia es diferente de la simple vivencia espontánea. Presupone la interiorización de la palabra, la relectura de lo que ha obrado en aquellos que la han recibido, la reflexión sobre lo que han sentido en su afectividad. La experiencia de Cristo no es irracional, ni mucho menos; pero, para ser auténtica, pide ser reflexionada y confirmada por los primogénitos en la fe. Llega a ser, entonces, como una brújula interior que ayuda a orientarse en la vida y permite acompañar a muchas personas en su propio camino.

Acoger las distintas maneras de creer en él.

Hay una condición que reúne una de las características de la sociedad post-moderna: que la experiencia de Cristo sea dialogada, compartida, confrontada con otras, porque es muy personal y difiere de un creyente a otro. Nadie conoce perfectamente al Señor, nadie puede expresarlo en plenitud. Así es en los relatos fundadores: difieren unos de otros y se completan mutuamente. Un ejemplo sencillo: el Evangelio de Marcos presenta un Cristo muy humano, que marca para muchos una distancia entre Dios y él⁴³; al final de su vida, pide a su Padre que aleje la copa de la pasión⁴⁴ y muere en la cruz con un grito de

⁴³ En muchas ocasiones, en su narración, Marcos subraya la distancia entre Jesús y Dios. Por ejemplo, en el episodio del hombre rico que llama a Jesús: "Maestro bueno" y responde ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sólo Dios" (Mc 10,17-18). O todavía cuando Jesús dice a sus discípulos a propósito del momento en que la historia llegará a su fin: "Pero ese día o esa hora, nadie la sabrá, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino el Padre" (Mc 13,32).

⁴⁴ Mc 14,36.

desesperación que queda sin respuesta: ¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado? Es un Cristo muy próximo a las realidades más duras de la existencia; ha conocido la angustia y la tristeza y esto queda, en parte, en el misterio: Marcos no afirma jamás, netamente, su divinidad, aunque tampoco la niega; deja abierto el misterio de su identidad profunda... En nuestra cultura, algunos lectores aprecian esta reserva; podrán adherirse a este Cristo, precisamente porque no está demasiado claramente “definido”. Por el contrario, desde el Prólogo de su narración, Juan identifica el Verbo con Dios: Al comienzo era el Verbo... y el Verbo era Dios... No duda en poner en los labios de Jesús palabras que le hacen igual al Padre: Quien me ha visto, ve al Padre⁴⁵. Majestuoso, propiamente divino, Jesús lo es hasta en su pasión. No conoce ese momento de agonía y de pavor que le hacen caer en tierra como lo cuentan los sinópticos. Al contrario, de repente está en lo más alto del acontecimiento: se pone delante de la cohorte y de los guardias que vienen a prenderlo, les interroga y se presenta a ellos como Dios se había revelado a Moisés: Yo soy⁴⁶. Son ellos quienes caen en tierra ante esta revelación del Señor. Incluso en ese momento, Jesús no marca ninguna distancia entre su Padre y él: “La copa que me ha dado el Padre, ¿no la voy a beber?”⁴⁷. Muere en la cruz con la última palabra, llena de serenidad: Todo está cumplido⁴⁸. De un Evangelio a otro, es el mismo Cristo, el Hijo de Dios, pero a nivel de la experiencia de fe, la manera de sentirlo y de anunciarlo es muy diferente.

Lo más sorprendente reside en esto: las comunidades cristianas de los primeros siglos nos han legado las cuatro narraciones y no únicamente la de Juan. Habrían podido reflexionar de otra manera, ya que Juan expresa muy claramente la divinidad del Hijo, ¿por qué no contentarse con esta narración? ¿Por qué haber conservado también la de Marcos, que podía poner cuestiones inquietantes a sus lectores? Hay una decisión fundadora de gran calado, como si las primeras comunidades nos dijeran: Cristo resucitado escapa siempre a

⁴⁵ Jn 14,9. Sin embargo, en el mismo capítulo, Jesús declara inmediatamente: “El Padre es más grande que yo” (Jn 14,28).

⁴⁶ Jn 18,5. La expresión retoma la manera en que el profeta Isaías nombra a Dios (43,10); hace probablemente alusión a la revelación de Dios en el Sinaí (Ex 3,14-16). Cf Jn 8,24.

⁴⁷ Cf. Jn 18,11.

⁴⁸ Jn 19,30.

lo que cada comunidad puede percibir y afirmar de él; se comunica cuando los cristianos comparten su manera de creer en él, sin excluirse mutuamente. No os “borréis” los unos a los otros, nos dicen las comunidades, algo así como que el Evangelio de Juan no borre el de Marcos, el de Lucas, el de Mateo... Anunciar a Cristo hoy, en la cultura plural que es la nuestra, es tener en cuenta las diversas maneras de creer, bajo pena de impedir a Dios engendrar a su vida a una gran multitud de personas diferentes entre ellas.

Recibir el dogma como un permiso para pensar

Esta manera de ver no minimiza en nada la tradición dogmática de la Iglesia, ni mucho menos, pero invita a referirse a ella con mucha flexibilidad. La mayor parte de los dogmas fueron elaborados en momentos precisos de la historia, para responder a las doctrinas que la Iglesia consideraba erróneas. Este esfuerzo de clarificación fue y es indispensable; permite guardar viva la fe apostólica a través de los siglos. Haciéndolo, el magisterio pone balizas claras que guían a los creyentes deseosos de reflexionar y comprender su fe. Así entendidos, los dogmas dan permiso para pensar en cierta dirección, sin riesgo de equivocarse. Por ejemplo, creer que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre, una sola persona – la del Verbo - en dos naturalezas, es legítimo y fecundo. Los cristianos del siglo V encontraron en esta fórmula, que queda todavía hoy, como una señal para la inteligencia de la fe.

Pero ¿es evangélico obligar a creer de esta manera bajo pena de ser excluido de la comunión de la Iglesia? El Concilio Vaticano II no lo ha pensado: se ha guardado mucho de “definir” verdades de creer poniéndolas en guardia ante la postura tradicional: que sean anatemas todos los que no se adhieren a esta doctrina. Como si los obispos, reunidos en concilio, hubieran temido que, por mucho constreñir, hubieran impedido a Dios engendrar para su vida, Él, que respeta infinitamente a las personas y se comunica con ellas en relación de amistad. La pastoral de engendramiento trata de adherirse a esta manera de actuar de Dios; es la manera que deja el campo libre al Espíritu, maravillándose ante la infinita diversidad de Dios.